

¿Más temido o más querido?

Josep M. Soler

En su análisis político publicado en este diario el día 24 de diciembre, Enric Juliana citaba uno de los principios de Maquiavelo: “Un príncipe tiene que saber que el partido más seguro es ser temido primero que ser amado”. Lo citaba a partir de una serie de la televisión danesa que empezaba su segundo capítulo con esta frase. Y lo aplicaba a la situación política española: “para negociar bien –decía– hay que ser temido”.

La frase me llamó la atención porque san Benito, el promotor de la vida monástica en el occidente cristiano, dice exactamente lo contrario al abad del monasterio. El abad es el coordinador de la vida comunitaria, quien tiene que tomar decisiones, el dinamizador del monasterio, de alguna manera el que tiene que ir el primero. Y para que lo pueda hacer bien, san Benito le dice que “ha de procurar ser más amado que temido”.

Lo dice como criterio para el gobierno del monasterio, tomando la frase de un autor cristiano anterior, san Agustín, que tenía una buena experiencia de la vida en comunidad y de las relaciones humanas. La norma, sin embargo, proviene de la sabiduría política clásica. La encontramos con expresiones similares Cicerón, Séneca, Tácito, Jenofonte, Homero, etcétera.

En último término, se trata de la contraposición entre poder y autoridad. El poder infunde temor porque se impone a distancia, de una manera u otra por la fuerza, y no escucha o no deja que los otros expongan su opinión si es contraria a aquella de quien ostenta el poder.

J. M. SOLER abad de Montserrat

Cuando se teme, fácilmente se cae en la adulación y el servilismo, quizás para ser tenido en cuenta, para subir, para no ser apartado. No me parece un estilo muy democrático ni humanista.

La autoridad, en cambio, es aceptada y amada por la valía humana y moral del que la tiene; y lejos de imponerse infundiendo temor, ayuda a crecer a los otros y toma las disposiciones mejores

El poder infunde temor al imponerse por la fuerza; no me parece un estilo muy democrático ni humanista

en bien de los que tiene confiados después de escucharlos, de sopesar su opinión.

Quien tiene autoridad moral escucha, tiene en cuenta, valora, está atento a no aplastar opiniones ni personas, sino a motivarlas para que desarrollen lo mejor que tienen. Quien tiene autori-

La autoridad, en cambio, es aceptada y amada por la valía humana y moral del que la tiene

dad puede negociar con convicción y llegar a acuerdos positivos.

Me pregunto si no sería mejor en nuestro momento social y político potenciar más la autoridad que el poder. Si para negociar en bien de los ciudada-

nos y ciudadanas no sería más positivo procurar ser más amado que temido, mostrar más atención y respeto al otro, desde la autoridad moral, que no infundir temor y prepotencia.

El temor impone y quiere vencer. La autoridad moral quiere convencer y crea un estilo participativo.

Hace tiempo que pienso que nuestra sociedad necesita subrayar las virtudes del humanismo que sueño también las virtudes de la democracia. El diálogo sólo puede ser constructivo desde la confianza y la lealtad, desde el respeto por el otro, desde la búsqueda del bien común y no de los intereses particulares. Y tiene que llevar no a imponer por la fuerza sino a hacer crecer a las personas individualmente y colectivamente.

A menudo se ven muchas formas de intolerancia y de falta de respeto a la diversidad de convicciones y de opiniones. Estamos perdiendo las formas y eso no ayuda a construir una sociedad inclusiva donde las ideas de cada uno son respetadas y se valora la aportación de todos en el bien común.

Estoy convencido de que es mejor a todos los efectos procurar ser más amado que temido. Entonces los colaboradores son leales, se sienten responsables y actúan desinteresadamente a favor del bien común. Y, en cambio, ser más temido que querido (hablo siempre desde la perspectiva de servir la sociedad democrática y no de los casos en los cuales la fuerza disuasoria es necesaria para evitar males y violencia), aunque pueda conseguir objetivos inmediatos, a la larga no me parece una actitud constructiva. Nos hará bien aprender de la sabiduría de los clásicos que enseñan a ser más amado que temido. Estoy convencido de que saldremos ganando.●

CARTA DOMINICAL

Juan José Omella



A los pies de María

La Virgen del Santuario de Cretas que figura en mi escudo episcopal ha estado siempre en el punto de referencia espiritual de mi vida, desde el momento en que nací y fui llevado a sus pies como recién nacido. Desde entonces ha estado presente en los momentos más significativos de mi periplo vital. A sus pies puse el báculo y la mitra cuando fui ordenado obispo, un signo de que lo ponía todo bajo su amparo de madre de la misericordia. Poner a la Virgen por encima de todas nuestras vivencias, por encima de todos nuestros logros, por encima de todas nuestras aspiraciones es ponernos bajo su manto de la misericordia del Señor, signo de acogida y protección. Somos nosotros la ofrenda que fija la mirada en el rostro de María, que, como portadora y mediadora de la misericordia del Señor, nos protege y nos guarda.

María, en el año de la misericordia, nos hace presente la oración en la visita a su prima en aquella expresión del Benedictus que cada día está presente en los Laudes de la Iglesia universal: “Su misericordia –que es respeto– se extiende de generación en generación para aquellos que le temen”. Misericordia y temor parecen expresiones de una gran contraposición, pero en su significado más profundo el temor es aquella virtud que nos resume en una sola todas las virtudes que nos da el Espíritu Santo y por la que reconocemos la grandeza de Aquel que en sí mismo es misericordia. Reconocer con un

En Ella se da una misericordia materna que es donación, que es acogida, que es bienaventuranza

sano temor la grandeza de Dios ante nuestra finitud y limitación, contemplar la insondable diferencia entre nuestra pequeñez como criaturas y el Dios que nos es vida, nos ayuda a valorar y esperar la riada de bienes que conlleva la misericordia de Dios para con nosotros, que salva cualquier distancia y llena toda diferencia. Pero no hagamos bandera del temor, ya que a través de este conocimiento respetuoso reconocemos la misericordia infinita de Dios para con todos aquellos que ama, como lo expresa el libro de Samuel: “No temáis, temed sólo al Señor porque ha manifestado las maravillas en medio de nosotros”.

El amor de Dios nos libera del temor humano y lo reconocemos en toda su grandeza desde nuestra pequeñez humana como un amor que llama a la benevolencia, reconociendo sus maravillas y aceptando un amor de Padre incondicional. Por eso el cántico de María expresa lo más profundo de su creencia, en Ella se da una misericordia materna que es donación, que es acogida, que es bienaventuranza. Un amor que es promesa hecha a todos nosotros. Allí, a los pies de María de la Misericordia, ponemos nuestro temor-respeto para que ella nos dé la humildad suficiente para acercarnos a Dios como lo hace el cántico de Isaías: “Pues yo soy tu Dios, el que coge tu derecha, el que dice: no temas, yo te ayudo”. Con este espíritu nos ponemos a los pies de la Virgen, bajo su mirada.



CÉSAR RANGEL

Josep Ignasi Saranyana ingresa en la Real Academia de Doctores

El teólogo e investigador Josep Ignasi Saranyana ingresó el jueves en la Real Academia de Doctores como académico de número durante una sesión celebrada en Barcelona. Saranyana leyó el discurso: “Filosofía i teologia a *Incerta*

Glòria. Joan Sales repensa mig segle de cultura catalana”. El nuevo académico –en la foto le impone la medalla el presidente de la Academia Alfredo Rocafort– analiza la novela *Incerta glòria* desde la metafísica y la teología. Saranyana dijo

que la novela es un “rompecabezas” con un mensaje encriptado que hay que descubrir. Para ello destacó las lecturas de Sales, entre las que citó a Bernanos y Dostoievski, y especialmente sus conversaciones con Carles Cardó.